

Elogio del odio

Khaled Khalifa

Lumen

narrativa

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

*Para Amina Mohammad Ali,
mi madre*

Mujeres guiadas por un ciego

El olor del viejo armario me convirtió en una mujer un tanto maniática, obsesionada con cerrar las puertas, con hurgar en los cajones en busca de antiguas fotos que un día había guardado en ellos con esmero. La de mi madre sacudiendo el único limonero que había en el patio de casa y yo de pie a su lado con los ojos brillantes. La de mi padre con su uniforme militar, bien afeitado y con la mirada viva. La de mi hermano Hussam, sonriente con su uniforme de colegial, llevando en brazos a nuestro hermanito Humam, envuelto en sus mantillas azules. Otra foto mía, vestida de negro de pies a cabeza, con el rostro redondo enmarcado por el velo negro y el cuerpo completamente ausente. En segundo plano, una imagen desvaída que el fotógrafo había colgado en la pared del estudio al que me había llevado mi padre y que representaba a unos cazadores que perseguían con sus perros a una gacela que huía. Mi padre respondía a la curiosidad del fotógrafo farfullando vaguedades. El fotógrafo me cogió de la mano y me hizo sentar en una silla de madera, me habló amablemente y me pidió que clavara la vista en su pulgar, levantado junto al objetivo de la cámara. Luego me dijo: «Sonríe». Yo no sabía cómo hacerlo, miré a mi padre para

solicitar su permiso antes de volver la mirada hacia el pulgar del fotógrafo, que no dejaba de pedirme que sonriera. Al final esbocé un amago de sonrisa. Aún recuerdo el disparo de la cámara y la majestad del momento como si saliera en este preciso instante por la puerta del estudio, que despedía un intenso olor a naftalina procedente de los viejos uniformes de oficial colgados en las perchas, junto a harapos de campesinos, sombreros mexicanos y una indumentaria completa de cowboy, parecida a la de Terence Hill en *Le seguían llamando Trinidad*. Y mi manita cobijada en la palma de mi padre, que me agarraba con fuerza para no perderme en el tropel de la calle de Tlal.

Jamás dejé de buscar el olor del viejo armario en la habitación que me había reservado Mariam, mi tía la mayor, que, sentada frente a mi padre, intentaba convencerlo de que me permitiese vivir con ella y con mi otra tía, Safah. Dijo que se sentían demasiado solas después del fallecimiento de mi abuelo y del de mi abuela y tras la boda de mi tía la más joven, Marwa. Mi padre accedió, si bien puso unas condiciones que yo no oí. Mariam las aceptó y empezó a reunir mi ropa, mis libros y mis cosas dispersas por el cuartito que mi padre había construido en el patio de nuestra casa, cerca de la cocina, cuando dos pequeñas protuberancias hicieron su aparición en mi pecho y me volví aún más seria y menos parlanchina.

De la casa de mi abuelo, me gustaban la habitación de techo alto, los horarios estrictos de las comidas, las visitas regulares al hammam las tardes de los jueves y a casa de *haya* Radiya las de los viernes, como un ritual cuya utilidad se me escapaba. Al principio me exasperaba la cacofonía de las mujeres que recitaban des-

pués de *haya* Radiya, me ahogaba en aquel cuarto atestado, pero nunca me atrevía a huir. Más adelante, el olor a transpiración mezclado con el perfume de las mujeres me ponía melancólica y las salmodias excitaban mis sentidos.

Durante mi primer año en la gran casa, me perturbaba la inmensidad del espacio, casi me perdía entre las escaleras, las balaustradas de piedra y hierro forjado, las grandes estancias de techo alto decorado y pintado minuciosamente por aquel artista de Samarcanda a quien mi abuelo había recogido en uno de sus viajes en busca de alfombras persas. Mi abuela cedió el piso superior al samarcandés durante los seis meses que vivió en casa. El hombre se despertaba a las cinco de la mañana, hacía las abluciones con mi abuelo, tomaba en su compañía el desayuno preparado por mi abuela y depositado en una mesita baja junto al pilón de la fuente, y luego lo acompañaba a la mezquita de los Omeyas.

Nadie conocía el verdadero nombre del samarcandés. A su vuelta de la mezquita, se metía en su habitación, preparaba los colores, limpiaba las brochas, cerraba los ojos y se abismaba con devoción en el éxtasis del dibujo que poco a poco había transformado los techos de las tres grandes estancias en verdaderas obras de arte. Se hizo célebre entre las familias ricas de la ciudad, que se lo disputaban para que decorara sus hogares; sin embargo, vivía retirado en casa de mi abuelo, con quien intercambiaba pocas palabras, y allí siguió hasta que se marchó a París con su mujer alepina y su hijo, en compañía de un oficial francés fascinado por las manos del samarcandés, del que afirmaba que con apenas nada era capaz de crear obras de arte inmortales. Los techos que pintó atestiguarán por siempre jamás su estancia en nuestra ciudad. Estaba agradecido a mi abuelo, que había des-

cubierto su talento e intervenido para concertar su boda con la hija de Abbud al-Samdi.

Con mirada risueña y vestido con ropa nueva, vino a despedirse de mi abuelo, que lo estrechó entre sus brazos y lo besó. «Es usted mi padre», le dijo el artista. Al cabo de un tiempo envió una carta desde París con su dirección y una fotografía —casi un milagro en aquellos tiempos— en la que aparecía con su mujer y su hijo en un gran jardín. Su mujer no llevaba velo y lucía un vestido de flores escotado que dejaba ver el nacimiento de los senos. Mi abuelo tendió la foto a su esposa riendo; esta reprobó la ausencia de velo y la tiró a la estufa de leña. Jamás volvió a evocar a la hija de los Samdi, que, veinte años más tarde, volvió con su hijo para visitar a su familia; vestía con suma elegancia y desprendía un intenso olor a perfume que molestó mucho a Mariam.

El hijo del samarcandés quedó asombrado al ver nuestra gran casa, con las arcadas de piedra, las bóvedas interiores decoradas y las dos columnas corintias que mi abuelo había colocado a ambos lados de la puerta que llevaba a sus aposentos. Examinó el lugar y fotografió todos los rincones de la casa y los techos pintados por su padre, mientras su madre tomaba sorbitos de café con la desenvoltura de una verdadera parisina en compañía de mi abuelo. Este se mostró afectuoso y sonrió al oír lo que le contaba sobre el samarcandés, su hijo adoptivo, que seguía estándole agradecido por haberlo sacado de una miserable callejuela de Samarcanda para lanzarlo hacia el ancho mundo, como solía repetir a sus visitantes y a los alumnos a los que enseñaba el arte de la ornamentación. A mi abuelo lo regocijaba ver que aquella joven alepina había renunciado a la ropa negra, se había adaptado perfec-

tamente a un nuevo entorno, había aprendido rápidamente el francés y trabajaba codo con codo con su marido, para quien ella constituía todo su universo. Juntos habían conquistado París con la determinación de una tortuga que escala una montaña escarpada.

A Mariam la cautivó el perfume del hijo del samarcandés, que se filtró profundamente en sus poros y en su corazón. Miraba al joven a hurtadillas, lo observaba con timidez, por temor a que alguien reparase en sus miradas embobadas mientras él se inclinaba hacia el suelo, ajustaba el ángulo de la cámara y examinaba la delicada armonía de la piedra, el nogal y los colores de las líneas, que en su mayor parte seguían siendo enigmáticas. Cuando se marcharon, mi abuela dijo a su marido, sin mirarlo a los ojos, que se había mostrado demasiado tolerante con la hija de los Samdi. Mariam se sintió triste tras la partida del joven, pensaba en el pecado que había cometido sin ser consciente de ello.

Al igual que todas las mujeres de la familia, incluida mi madre, Mariam tenía el rostro redondo y la frente despejada, hermosos ojos verde claro y dedos largos y finos como una aristócrata de antigua estirpe siria. Era alta, con un busto y unos senos poco seductores, y la belleza de su mirada no lograba hacer olvidar la falta de gracia del cuello, demasiado corto.

En la espaciosa casa, yo me perdía en el dédalo de pasillos y en las tres inmensas estancias, me fascinaba el gran espejo colgado en la pared del cuarto de Mariam, cuyo ancho marco de nogal tenía esculpidas ramas entrelazadas, plantas trepadoras y rosas. Aprovechando su ausencia me deslizaba en la habitación para ponerme ante el espejo y examinar minuciosamente mi rostro y mi cuerpo, que estaba perdiendo su gracilidad y me quitaba el sue-

ño, pues ignoraba que había empezado a cambiar y a entrar en el universo de la feminidad precoz. Safah, que había advertido mi metamorfosis, me trataba con dulzura, me hacía algunas observaciones, al contrario que Mariam, que se soliviantaba al verme plantada durante horas ante el espejo examinando mi cintura y mis senos, sin prestar la menor atención a los objetos fascinantes de su cuarto. Mandó que me escribieran un amuleto, me lo puso alrededor del cuello y me ordenó que no me lo quitara porque Satanás acechaba mi cuerpo. Me vigilaba con firmeza y dureza; mi dureza se nutría de la suya y mi mutismo se prolongaba.

Radwan el ciego era el único hombre ajeno a la familia que tenía permiso para entrar en el patio y moverse a su antojo por él. Era alto y delgado, siempre llevaba la ropa inmaculadamente limpia y las manos le olían al perfume que elaboraba en su cuartito, situado en un rincón del patio. Preparaba sus mixturas en botellas grandes, con ingredientes cuyas proporciones dominaba a la perfección, luego las trasvasaba a frasquitos que habían contenido penicilina y que, una vez cerrados herméticamente, vendía a sus clientes del barrio de Jallum, así como a los fieles que frecuentaban la mezquita de los Omeyas. Pregonaba su mercancía entonando bonitas canciones donde los versículos coránicos se mezclaban con invocaciones religiosas. Afirmaba que el perfume llamado «Radwan el ciego» era conocido en todos los países árabes, y le enorgullecía explicar que unos comerciantes magrebíes habían hecho lo imposible por sonsacarle el secreto de cierta preparación que volvía a las mujeres dulces, seductoras y apasionadas en la cama. Se suponía que otro perfume proporcionaba a los hombres un atractivo y una virilidad a los que las féminas no podían resistirse. Delante de Mariam, afirmaba que dicho perfume

era el que el Profeta había recomendado a sus Compañeros, a quienes había dicho el nombre exacto de las flores raras del país de Sham que entraban en su composición.

En otro tiempo, Radwan se pasaba la vida con los demás ciegos de la mezquita de los Omeyas, que vegetaban alrededor del mausoleo de Zacarías y eran contratados como recitadores en las frecuentes conmemoraciones de los santos, los *mawlid*. Al anochecer, los otros volvían a sus casas, pero Radwan jamás abandonaba la mezquita, como si hubiera nacido en ella y en ella fuera a morir, siempre silencioso, las pupilas en perpetuo movimiento, a modo de antenas que husmearan los colores y la alegría de las ropas de los fieles.

Un día mi abuelo se lo llevó a casa y le asignó una habitación que antaño habían ocupado los palafreneros y el cochero de la carreta de mi bisabuelo. Mariam se encargó de limpiarla y mi tío el mayor, Salim, sacó del sótano una cama de metal oxidado y un colchón de lana. Mi abuelo hizo oídos sordos a las recriminaciones de su mujer, para quien la llegada del ciego era una intrusión en la intimidad de la familia. No obstante, proporcionó los demás objetos necesarios para el dormitorio de un soltero. Radwan el ciego vivía feliz en aquella habitación, como un sirviente que gozaba de prerrogativas especiales. Formaba parte de la estructura familiar como un elemento de la existencia eterna y yo no podía imaginar la casa sin él. Cuando era niña, Radwan me sentaba en sus rodillas, sacaba de su armarito golosinas y muñecas de tela para regalármelas y me cantaba canciones infantiles con su hermosa voz. Yo me revolvía en sus brazos, hasta que finalmente me calmaba poco a poco. Cuando me fui a vivir a la gran casa, empecé a evitarlo y a tratarlo con displicencia, como habría hecho

una dama con un subalterno. Él no protestaba, jamás se extralimitaba, comía en una esquina de la mesa de la cocina y luego desaparecía. Mariam nunca olvidaba el horario de sus comidas y él no faltaba a ninguna. Todos los jueves nos acompañaba al hammam, llevando el hatillo con nuestras cosas, y esperaba a la puerta a que saliéramos para acompañarnos en el camino de vuelta, que la contera de su grueso bastón conocía a la perfección. Caminaba delante de nosotras con la cabeza alta, el paso medurado y seguro, una escena que en el barrio de Jallum pasó a ser una especie de símbolo del esplendor desfasado de mis tías, construido gracias a la constancia de nuestros antepasados en un lugar que jamás se había visto perturbado por los trastornos que habían sufrido la ciudad y las grandes familias.

Todos los jueves, después de la escuela, yo iba a casa de mis padres y comía con mi madre y mis dos hermanos, Hussam y Humam, a quienes saludaba como a desconocidos. Ellos me devolvían cortésmente el saludo como si fuera una invitada de paso. Mi madre me besaba sin efusiones y, mientras la ayudaba a preparar la comida, me preguntaba fríamente qué tal me iba y cómo estaban mis tías. En realidad no parecía esperar ninguna respuesta, convencida de que nada había cambiado en la gran casa que abandonó antes de cumplir los quince años. Por aquel entonces mi padre acababa de regresar de Alejandría, adonde se había marchado tras la unión con Egipto, contratado por un comerciante de pescado; mucha gente pone en duda esta versión y asegura que formaba parte de la camarilla de Abdelhamid al-Sarraaj. Volvió a Alepo dos años después de la ruptura de la unión entre Egipto y Siria y, sin más preámbulos, pidió la mano de mi madre. Todo se había desarrollado con placidez, mi madre lo recordaba vaga-

mente: un joven de torso abombado y mangas remangadas, que avanzaba despacio por la calle con gran suficiencia y sin mirar alrededor. Tras la boda mi madre se quedó en casa de mi abuelo mientras mi padre cumplía el servicio militar, que duró tres años y medio. Yo vine al mundo en ese intervalo y en realidad nadie se alegró de mi nacimiento; en la gran casa reinaba un ambiente morbosos, pues mi abuela estaba gravemente enferma y todos creían que no tardaría en reunirse con mi abuelo, fallecido siete años atrás. La dramática muerte del abuelo recordaba la de los grandes hombres que eligen cómo quieren vivir y morir y prohíben a los demás que se ocupen de ellos durante su vejez, a la que mi abuelo se refería como «la otra cara del amor que el Señor profesa a los creyentes».

Renunció a seguir trabajando en la tienda, reunió en el salón a mis tres tíos, a Mariam y a mi abuela, y les anunció sucintamente que ya no era capaz de llevar los negocios y que deseaba pasar el testigo a sus hijos ante la posibilidad de una muerte repentina. Recomendó que se repartiera su herencia según la ley islámica. Dado que la casa correspondía a las hijas, ellas tendrían su usufructo de por vida. Mi tío Salim protestó al oír aquellas palabras pesimistas e intentó que se replanteara su decisión. Apoyado en el bastón, mi abuelo se echó a reír, ordenó a su mujer y a Mariam que pusieran la mesa en el comedor de las grandes ocasiones y que sacaran la vajilla de lujo, las bandejas y los cubiertos de plata. Mis tíos comprendieron su decisión una semana más tarde; una semana durante la cual luchó sobremanera por tenerse en pie y caminar como un oficial que pasa revista a sus soldados, sin aceptar la ayuda de nadie, excepto la de Radwan, para ir el viernes a la mezquita o realizar algunas pequeñas tareas. Jamás

permitted que mi abuela lo atendiera como a un anciano, y confió a Mariam: «La esposa no debe ver a su marido en sus peores momentos a fin de que solo lo recuerde con amor». Durante los últimos cuatro años Radwan únicamente se había separado de él al alba, y en ocasiones dormía en un colchón tendido en un rincón del dormitorio. Una noche, mi abuelo mandó a sus tres hijos que se presentaran a la mañana siguiente, porque quería visitar la ciudadela. Ellos discutieron su petición entre sí, pero no se atrevieron a poner reparos.

A las nueve seguían titubeando, pero estaban a punto. Les pidió que lo ayudaran a levantarse y corrieron a sujetarlo, pero él los detuvo con un gesto y salió delante de ellos por la puerta principal, sostenido por Radwan. La gente del barrio se quedó boquiabierto al verlo avanzar al lado de un Radwan sonriente, como si fuera el único que comprendiera el sentido oculto del espectáculo. Mi abuelo se detuvo ante la entrada de la ciudadela, admiró la alta muralla y olfateó las piedras como si ajustara cuentas con el tiempo. Luego bajó al zoco cubierto, se mezcló con la multitud, aspiró el olor de la ropa, las telas, la arpillera, el oro y las mujeres apiñadas, se empapó del mercado centelleante de luces, las capas bordadas con hilo de oro en los escaparates, los motivos de las alfombrillas y las alfombras. Entró en Jan al-Gumruk y se detuvo en el umbral de su tienda, donde Jalil lo recibió con una sonrisa y lo abrazó antes de volver a su puesto en la puerta. Mi abuelo examinó largo rato las alfombras amontonadas en el local y luego, mirando a Radwan, dijo a mis tíos: «Una parte de todos vuestros bienes corresponde a este ciego, y si un día pasa necesidad, ¡responderéis ante Dios!». Salim rezongó y Radwan levantó la cabeza sonriendo y estrechó la mano de mi abuelo, que parecía